


SYLVA XLI

Hacia 196... apareció en el escenario lírico nacional un escrupuloso y algo dubitativo poeta, llamado ^{Francisco} R. Manrique (¿R de Ramírez?), que al parecer compartía con su homónimo Jorge un cierto recelo hacia la originalidad de los tiempos venideros y que, tras largar a las prensas su breve y condensado florilegio, tuvo a bien retirarse como había venido, esto es, por el escotillón. Sin duda que se dijo: "Esta está visto; vayamos a otra parte a ver que se ofrece", o cosa parecida, y desapareció del mundo que le era propio para probar fortuna en otros ambientes. Es la historia del conde de Montecristo, tantas veces llevada a las páginas o a la pantalla en una u otra variante: un hombre -autor de un desfalco, víctima de una traición, heredero de una terrible herencia- abandona la sociedad y los salones donde empezaba a ser conocido y a punto estaba de iniciar una brillante carrera; al principio se le echa de menos, pero pronto el silencio y el olvido se cierran sobre su figura. Veinte años después, surge en esos mismos salones ^{otra} figura deslumbrante, sarcástica y derrochadora, de cuya inmensa fortuna todos se hacen lenguas. Todos quieren ser sus amigos para recibir sus favores, pero si algo sabe el enigmático extranjero es escabullirse...y disfrazarse, un día de abate, otro de perdiosero, para visitar todos los hogares y escudriñar cualesquiera rincones. Tan sólo un sabueso le sigue la pista: ese hombre obsesionado por un enigma que veinte años atrás cercenó su carrera,

al no haber sido capaz de resolverlo. A partir de ahí la trama se resolverá a favor de aquel personaje que haya recaudado las mayores simpatías; el oscuro héroe de antaño, el moderno vengador o el implacable policía.

La más moderna variante de esta tan antigua y atractiva leyenda la acaba de entregar a las prensas de El Festín de Esopo (Barcelona, mcmlxxxii) el profesor, humanista y sabelotodo Francisco Rico, más conocido (aunque entre caballeros, como recordaba hace poco Luis Rosales, no se debe hablar del Renacimiento) como el Pico de la Mirandola español. La audacia y la originalidad del profesor Rico consiste en fundir la leyenda del conde de Montecristo con el misterio de la Santísima Trinidad; y aún más, no sólo ha incorporado a Dantés a la doctrina del Paráclito (o viceversa), sino que empujado de su inmensa ambición se ha sumado él mismo al trío para consolidar la cuaterna definitiva ^y ~~que~~ apoyar el invento sobre las cuatro patas que, según los retóricos ingleses, debe tener toda buena metáfora. De acuerdo con esta versión, el héroe maldito, el vengador y el sabueso son la misma persona; pero también lo es el autor, un hombre que a lo largo de veinte años no ha hecho otra cosa que buscar coincidencias y que hoy, mediante cuarenta sylvae y un "Tratado general de ~~la~~ Literatura" de la más exquisita impertinencia, se desenmascara a sí mismo, para desmontar el dilatado engaño al que ~~se~~ había sometido ^{a su público}. Pero el lector menos sagaz ¿no tiene derecho a pensar que está siendo objeto de una nueva superchería? Si el autor esconde al sabueso, el sabueso al magnate, el magnate al poeta, ¿quién esconde al autor? ¿No seré yo?, pregunta el lector, mientras el profesor Rico -después de la clase- sonríe para sus afueras.


 Juan Benet
 Mayo 1983